La muchacha de la ventana

Ainhoa Escarti

Capítulo 1

LA MUCHACHA DE LA VENTANA

Una tarde como otra cualquiera en la que mi mente paseaba por la soledad de mi memoria, salí a pasear. Iba meditabundo, paseando más en mí mismo que por la calle. Por un momento, miré el sol, como brillaba intensamente, aunque ya andábamos en noviembre, los rayos recorrían mis manos. Por un segundo miré hacia arriba por ver la intensidad del círculo solar. Y la vi, estaba en la ventana asomada. Su mirada no estaba dirigida hacia ningún sitio concreto, aunque era tan triste que ablandaría hasta al corazón más frío. En este caso el mío. Los rayos me daban en los ojos y aportaban al rostro de la joven una especie de luz celestial. Fue un instante inmortal en cualquier memoria, entonces una lágrima recorrió su rostro y cayó lentamente, vi su viaje a través de la intensa caída. Y su final fue caer en mi boca, la saboreé un segundo, nunca probé algo tan exquisito. Se fundió en mi boca en una décima de segundo, y su sabor penetró en todo mi ser. Dejé de vagabundear por mí mismo, y seguí mirándola. Era ya de noche y me había sentado para poder contemplarla mejor. Ella estaba tan ensimismada en su tristeza que no se percataba de mi presencia. No quería irme de allí, y dejarla abandonada, pero era de noche y allí en mitad de la nada de un parque muerto no podía dormir. Así que me fui muy de madrugada.

Llegué a mi casa, tan vacía como siempre, en el contestador ninguna llamada. Todo era normal, menos yo. En mí algo había cambiado. Me di de cuenta de que si en mí quedaba algo de humano, ella lo había despertado. Tras 35 años de puro egocentrismo inhumano, desperté y me percaté de que era capaz de sentir algo por alguien. Pero ¿qué alguien?, una extraña, una chica que lloraba en una ventana durante toda la tarde. Quería regresar a ese patio yermo, sesgado de vida por el hormigón. Quería quedarme a vivir allí, pensé que me conformaría con mirarla todo el tiempo. Por un tiempo creí que eso era suficiente, me equivocaba. Dormí un poco, una hora y media a lo más. Y de un salto salí de mi

ensueño y de mi cama. Estaba confundido, no me era suficiente mirarla, a ella le debía mi humanidad. Y tenía que recompensárselo, debía descubrir qué le ocurría. Me recosté de nuevo, tras encontrar la solución a esta nueva ecuación que me absorbía totalmente. Logré dormir, mi obligación era estar despejado para poder cumplir mi misión. Justo antes de dormir brotaron de mi boca unas palabras que me sorprendieron: "Creo que la amo". Me dormí.

Al sonar el despertador, medité toda la locura del día anterior. Pensaba que quizás al hacer esto rompería mi último lazo con la cordura. Medité mientras me duchaba y desayunaba. Al final me percaté de que aquella muchacha me había producido el sentimiento más puro que jamás pasó por mi corazón. Y aquello era una señal, aunque yo no creyera en las señales. El mundo, el destino me ofrecía la oportunidad única de redimirme, no podía ser desperdiciada. Hay elecciones en la vida que pese a que no te des cuenta, pueden determinar tu vida desde ese momento. Era mi oportunidad, mi momento, mi buena acción. Tras convencerme a mí mismo, salí impulsivamente a la calle. En su busca.

Y allí estaba de nuevo, en la desértica plazoleta que se adivinaba en algunos de sus rincones como un antiguo parque florido. Miré a la misma ventana y ella ya no estaba. Volví a encerrarme en mis pensamientos, esta vez para intentar entenderlo todo. Estaba tan confundido que todo se mezclaba en mi cabeza. Me senté, respiré y miré como los rayos del sol jugueteaban con mis manos. Seguí el reflejo del sol en mi reloj por el edificio y la vi, tendía ropa. Seguía triste. Me alegré de verla, supongo. Quizás me alegraba porque nuevamente conseguía lo que quería. Pero si hacía caso de esto último volvería a sorprenderme lo vacío que estaba mi ser. Y eso mi ego tardó mucho en dejarlo ver. Lloró de nuevo, y quise que la lágrima no se me escapara, la cogí entre mis manos y aspiré su olor. Era como la del día anterior, dulce, salada y amarga a la vez. Era todo lo que debía ser una lágrima, era un mundo aparte. Pero las lágrimas son tan efímeras, que mis sensaciones con ellas eran más cortas que un suspiro. Pero quedaban grabadas en ese lugar de la memoria donde se guardan las cosas que jamás se olvidan.

De ella tan solo tenía el sabor, el olor de sus lágrimas, y su imagen ora celestial vista entre los potentes rayos de luz que se reflejaban contra el edificio, ora una silueta en las tinieblas de un parque frío y oscuro en el que tan solo se apreciaba la luz de una farola alejada del lugar. No sabía ni quién, ni cómo era. Y me temía que mi euforia estuviera teniendo la mala idea de engrandecerlo todo, para encontrar algo digno en mí. ¿Y si no fuera más que un engaño?, una historia montada por mi máximo enemigo, yo. Mientras meditaba incesantemente esto, estaba sentado mirándola. Parecía que su pelo era de color castaño o eso pensaba yo. Permanecí ensimismado allí sentado, mirando su imagen, quien sabe cuanto tiempo. Y se metió en su casa, otra vez, era madrugada y debía irme.

Regresé a mi casa cansado de mí mismo, y determiné que al siguiente día iría a verla. Quería, deseaba conocerla, y me di cuenta de que no era cuestión de mi humanidad recién devuelta (encontrada). Ya era algo más personal, mi particular misterio, ¿por qué lloraba? Yo debía descubrirlo, era algo obligatorio en ese momento. Esa muchacha era mi mayor interés actual. Y como todo lo que se me metía en la cabeza, debía, tenía que conseguirlo. Me recosté, me sumergí en un sueño profundo que resultó muy reparador. Primero abrí un ojo, luego el otro y ante mí el finito infinito blanco del techo de mi habitación. Me quedé mirando un rato, era tan blanco que en ocasiones pensé que brillaba. Pinté mi techo de blanco porque creo que es un color puro, limpio. Y me resulta muy atractiva la idea de comenzar mi día viendo algo puro. Y esa mañana tras abrir mi segundo ojo, quise entrever en el blanco resplandor de mi techo, la imagen de mi muchacha bañada por la luz del sol. Sonreí mientras la miré un rato grande. No dejaba de pensar en ella y aún no la conocía. Permanecí tumbado en la cama, mirando en el techo mi imagen imaginada, y preguntándome insistentemente cosas sobre ella. ¿Cómo sería? ¿Qué dirían sus gestos de ella? ¿Sería guapa? ¿Estará buena? ¿Tendrá buenas...? Mejor lo dejo aquí. Ya se sabe perfectamente como acaban estos cuestionarios, no hace falta que lo explique. Retiré la mirada del techo, aunque no retiré la sonrisa de mi cara, era una sonrisa especial (un cuarto de ilusión, otro cuarto de esperanza y curiosidad, el tercer cuarto de enamorado y el último cuarto de tendencia libidinosa). Me levanté, me estiré (lo acompañé de un gran bostezo) y decidí que tenía que pensar en algo para conocerla. ¿Qué podía ser? No sé, ya se me ocurrirá.

Otro día más, el sol, el parque muerto, la muchacha triste de la ventana y yo. Por un instante me hice la ilusión de que ella salía cada mañana por mí, pero al verla llorando nuevamente, lo olvidé. Esta vez recogió sus lágrimas en un pañuelo, me entristeció no recibir mi bautizo. En ese instante, me dije que ese era el momento, tenía que hacer algo para conocerla. Conté las ventanas para ver cual era su piso. Vi que entraba una señora con un cochecito de bebé, era mi oportunidad. ¡Qué bueno fue el destino conmigo! Ayudé a la pobre señora a subir unos escalones que estaban (para mí, en muy propicio lugar) en mal sitio, e impedían que el cochecito accediera al ascensor. La acompañé hasta el ascensor. Y por fin conseguí mi propósito, buscando su piso en los buzones supe su nombre. Se llamaba Luz, ¿acaso podía tener otro nombre? Le era tan adecuado que parecía algo irreal. Ella era mi luz hacia mi humanidad, dejaría de ser un ser solitario. Aunque yo era feliz viviendo en mí mismo, y lo que más me tentaba... era ella, más que mi humanidad. Viéndolo con la ventaja del tiempo he de admitir, sin poder negarme, que estaba obsesionado. ¿Por qué lloraba? Y por primera vez ante mi sorpresa había en mi algo real y sincero hacia otra persona, quería que dejara de llorar. ¿Era este un caso de enamoramiento?, a lo mejor, para mí eso de sentir algo por alguien era muy nuevo. Se me hacía extraño y estaba disfrutando de esta nueva experiencia.

Estaba dentro, y ¿qué? Ahora, ¿qué hago? ¿Qué excusa pongo? ¿Acaso tengo excusa? No sé... no quería que pensara que yo era un psicópata o algo así. Reconozco que muy normal tampoco era, pero esa no es la cuestión ahora mismo. La cuestión ahora, era cómo aparecer en su vida. De pronto algo se me ocurrió. Estaba lloviendo. ¡Qué suerte la mía!, no creo mucho en la suerte... pero es una frase tan típica que a veces la suelto. La suerte en este caso fue una idea mía, como siempre la suerte nos la fabricamos nosotros y el mundo caótico de las circunstancias. Si éstas te son favorables es que tienes buena suerte, si no son buenas en ese momento soltaremos: ¡Qué mala suerte la mía (seguramente a esta afirmación irá unida un taco). ¿Por dónde iba...? ¡Ah, ya! Pero lo más seguro es que pienses que subí con alguna excusa tonta. Lo hice, aunque no ese día. Miré a su buzón un par de veces, y apareció una vecina, extrañada me miró. Me preguntó, ¿qué hacía allí?, yo le dije que buscaba a una amiga pero me había equivocado. Lo admito, me entró miedo. Miedo de ver en los ojos de ella aquella desconfianza, de ver el casi miedo que estaba mostrando esa señora. Así que agaché la cabeza y

me fui.

Ese día llegué a mi casa un poco deprimido. Por primera vez mi ego no pudo ante una situación. ¿Acaso esa muchacha de la que no sabía nada, me importaba tanto? No sé, nadie me había importado en demasía. Quizás sólo fuera una obsesión, prefería que fuera eso. Pero en este asunto nunca elegí, y siempre me engañé. Pensaba que hacía las cosas por un motivo y la verdad es que aun no sé ni por qué se dieron esa serie de hechos. Pensaba que las cosas eran de una determinada manera, y me equivocaba. Erré mucho en este asunto. Caí en cosas que jamás debí caer. Y mi mayor fragilidad fue creer que yo podía ser humano. Otra vez más, erré. Me creé una realidad sobre esta historia y aún no la veo con objetividad. Por eso esto que escribo, quizás carece de sentido. Si mi cabeza rigiera bien, si yo estuviera cuerdo. Y no tuviera esa tendencia mía de vagabundear por mí mismo. Acabaría ahora este escrito, o lo seguiría y no se lo enseñaría a nadie. Pero sé que se lo escribo a alguien, pero a ¿quién?, a ella, al mundo, a mis hijos si los llego a tener, a mi familia, ¿acaso es un testamento, una llamada de atención, un capricho?, o para mí... siempre me quise demasiado. Lo admito, me tengo en mucha estima, quizás esta afirmación haga pensar de mí cosas negativas. Y ciertamente me importa un bledo lo que piensen de mí. Sólo me importa lo que yo piense de mí. Para algo soy el único y principal protagonista de mi vida. No es egoísmo, es supervivencia. Dejaré de divagar un rato.

¿Por dónde iba contando?, un segundo que me sitúe. ¡Ah, ya!, cuando regresé a mi casa. Aquella noche, prefiero resumirla en una escueta frase. No fue muy buena. Al día siguiente fui a comprarme unos prismáticos, ahora que me leo detenidamente parezco un psicópata. Que quede claro que no lo soy. Este no fue un asunto muy bonito por mi parte, y ahora entiendo mejor algunas cosas, aunque no me arrepiento de nada. Me aparté de ese patio, cogí una libreta y un libro de pájaros en las ciudades costeras. Y me disfracé, ese era un hobby que sólo este asunto me dio la oportunidad de practicar. La espiaba día a día. Me sentaba en un lugar apartado y miraba. Pude ver su figura, no estaba mal (estaba buena, pero yo soy más guapo). Ahora me doy perfecta cuenta de que no hacíamos buena pareja. Ella dejaba mucho que desear, pese a lo que yo pueda llegar a decir. Tras unos días observándola, ella seguía triste. Y evidentemente me percaté de algo, estaba siendo muy injusto con ella. Yo sabía de su situación y no hacía nada. No era justo. Ese día me marché decidido a regresar y verla al día siguiente. Además tenía una excusa

insulsa, pero por lo menos tenía. Mancharía un pañuelo mío como si se hubiera caído de su tendedero, no era perfecto, pero no estaba mal del todo. No resultaría un gran espía, pero hay que reconocer que me sé defender. Al fin y al cabo solo estuve observando pájaros un par de días, no es para tanto, ¿verdad? Tras mi último día como espía, llegué a mi casa decidido a dejar de hacer el imbécil. Vamos, me decidí a actuar y conocerla de una vez. Pensándolo bien, yo era ya mayorcito para andarme con tanta tontería. Así que pensé: "Mañana será el día.". Y lo fue.

Determiné acostarme muy temprano y dormir mucho, para ser totalmente consciente de cada momento que viviría el siguiente día. Esa decisión fue absurda, apenas dormí, por fin iba a conocerla. Ella, el único ser que hasta ahora me había hecho sentir algo humano. Descubrí algo inquietante en mí mismo; la duda, la inseguridad, el temor a algo, concretamente al rechazo. Pero, ¿por qué pensaba que ella me iba a rechazar? No lo comprendo aún. Es un gran enigma, aún no he encontrado la piedra Rosetta que me lo desvele. ¿Qué me hacía estar inseguro?, ella o él descubrirme humano. ¿Y si fuera ella?, no sería ella, sino la imagen que yo me había creado de ella (que evidentemente es algo muy distinto). La noche se me hizo larga, densa, y pesada. Caía constantemente sobre mí como una granizada de barro. A las ocho me di por vencido, estaba agotado. No podía más, me levanté. Me duché, desayuné, y como un infante tras ver cumplidas sus necesidades básicas, el ensueño se adueñó de mí, estaba agotado. Era normal, quise ceder al sueño, no pude. Acabé dejándome domar por él. Descansé casi todo el día, fue un sueño profundo y reparador, casi ni me percaté. Era ya por la tarde. Abrí los ojos. Miré el reloj. Cerré los ojos. Volví a mirar el reloj. Me senté en la cama de un salto. Remiré el reloj. Joder, ¡qué tarde era! ¿Qué podría hacer yo ahora? Pues era sencillo, ir. Aún era hora, además quien decidía cual era buena o mala hora (Sólo podía decirlo yo, es mi vida y yo puedo decidirlo casi todo en ella.). Me puse todo lo guapo que podía. Vamos, un montón. Creo que otra vez os sorprendo pensando que soy un estúpido creído, cuando mi comentario era simplemente objetivo. Sin más pretensiones. Fui allí bastante decidido, además llevaba mi arma para entrar. Un pañuelo de seda que había rondado por mi casa y que pertenecía a una ex amiga. Esta ex amiga pensaba que era mi novia, y se sorprendió bastante al verme con otra en la cama, a mí me sorprendió que pensara que era mi novia. El pañuelo era bastante bonito, y es que aunque tenía mucha imaginación (¿Desde cuando eres novio de alguien por salir un par de veces, por acostarte otro par y tener otro par de conversaciones insustanciales, que yo solía acortar para poder llegar a lo interesante, el sexo?) Mi plan era bastante sencillo, también ingenuo. Nada mejor se me había ocurrido. Suele pasar cuando no has dedicado mucho tiempo a pensarlo. De todas formas, ¿a que mujer no le tienta un

pañuelo de seda ofrecido por un muy atractivo desconocido? Afortunadamente cuando llegué, una anciana entraba con el bastón y a duras penas soportaba el peso de la puerta. Como buen caballero que soy, no me lo creo ni yo, le ayudé con la puerta. Me cogió del brazo y lo agarró fuerte. Tenía que entrar en el edificio, pero tampoco era plan de soportar a una vieja y morir de hastío. Logré que me soltara tras quince minutos de charla en la puerta. Me quedé observando como entraba en el ascensor y fingí cerrar la puerta. Por fin estaba dentro... dentro, ya era hora. Subí a su piso, observaba cada tramo recorrido, como si se tratara del laberinto que guardaba el secreto de la vida eterna. Ya he dejado de divinizar los momentos, bajé de las nubes.

Ya, llegué. Era el sitio, era la hora, era el momento. Qué raros son esos segundos antes de un hecho cuando sabes que algo sucederá. Dejé de respirar mientras tocaba el timbre del portón. Lo apreté una vez de forma tímida, el sonido fue casi inaudible. Pero bueno, no me reconocía, ¿qué era eso de inseguridades a estas alturas? Apreté el timbre de forma decidida. Noté como dentro se movía alguien rápidamente, como con furia. Algo me decía que era ella. Lo sabía, era ella, abrí la nariz e intenté olerla. Aún era imposible, pero la sentía. Estaba tan cerca y tan lejos a la vez. En un instante abrió la puerta y se asomó, sólo un poco. Su cara para más suspense quedaba a oscuras. Me preguntó:

¿Qué quiere?

Le respondí:

Vi caer este pañuelo por la ventana, creo que era la suya. Si mis cálculos no son erróneos. Y me preguntaba si le pertenecía.

Lo miró tan solo un minuto, su mirada fue rápida, ni abrió la puerta un poco más. Seguía viéndola entre las tinieblas. Resultaba tan interesante, entreverla. Ir poco a poco adivinando sus formas y colores. Como si se tratara de un caso de Sherlock Holmes, que estaba a punto de desvelar finalmente. Y me contestó mirándome a los ojos, aún tenía esa mirada triste. Ahora tan cerca me resultaba conmovedora, la imagen era bella:

No es mío.

Mierda, pensé y ahora ¿qué? Abrió un poco más la puerta para decirme:

Déjelo aquí, ya preguntaré a las vecinas. No se preocupe, será de alguna, y si no seguro que alguna finge que es suyo. Gracias de todas formas.

Al abrir un poco más la puerta pude ver su cuerpo perfectamente, estaba bien formado. Era evidente que yo le sacaba unos años. Muy joven, y bonita. Enseguida me percaté, que lo más seguro que llorara por asuntos familiares, de dinero o amor. Su cuerpo se adivinada jugoso tras los pantalones vaqueros y el jersey. Se veía lleno de vida, rebosante de mil cosas ya perdidas en mí. Sus curvas no eran perfectas, aun se estaban terminando de formar. Rozaba la veintena, y ya lloraba desolada durante días. Pobre de ella pensé, si a los veinte llora días cuanto llorará a los cincuenta. Aun sentía pena por ella. Aun ese extraño sentimiento de humanidad me rodeaba cuando ella estaba presente. Su pelo era castaño, pero sólo en sus raíces, el resto era rubio no muy claro. Al pronunciar esas palabras alzó el rostro, sus pechos no muy grandes eran firmes. Bueno, lo que de ellos se notaba. Su cara tenía una forma redonda que ni era demasiado hermosa, ni carecía de atractivo. Era guapa, en ese

momento me pareció una deidad sacada de una leyenda antigua. Unos enormes ojos marrones me miraron con indiferencia, ocupaban gran parte de la cara. Aunque en ella todo estaba en una extraña concordancia que la hacía hermosa y atractiva. Vamos, que tenía un polvo. Tras verla entera, apreté en mi mente el botón de aceptable para conquista. Pensé que ya estaba todo hecho, ahora tan sólo debía intentar entablar alguna conversación y asunto solucionado. Cogió el pañuelo de mi mano, su piel era suave y muy pálida. De pronto entró en su casa, dejó el pañuelo en una mesa cercana y volvió a la puerta. Yo esperaba allí, como un imbécil, en ese momento tuve la mala suerte de pensar que yo debería parecer el gran hombre en la puerta. Y no fallaba yo, era ella. Yo estaba bien, no cometí ningún error. Simplemente ella no era lo que yo pensaba. En mi mente las mujeres siempre son mejores que en su realidad. Me miró y con un mínimo de cortesía se despidió de mí. Un segundo después, antes que acabara el "Bueno...", la puerta estaba ante mí. Cerrada. Me quedé atónito. Sorprendido, no entraba en mi asombro. Era alucinante que eso me hubiera pasado a mí, valiente tía imbécil y maleducada. Que penosa era, yo que quería ayudarla. Tras estas ideas que pasaron veloces por mi mente, iba a darme la media vuelta para irme. Escuché que la puerta se abría. Era ella. Le iba a costar mucho arreglar la ofensa de hace un segundo. Me miró, y me dijo dubitativa:

Menos mal, pensé que se había ido.

Sin darle tiempo a acabar la frase, mastiqué entre mis dientes las siguientes palabras:

Ya me iba, no tengo más tiempo que perder aquí. Ya desperdicié el suficiente por hoy.

Dio un paso hacia mí para poder decirme:

Es que hay unas cajas bastante pesadas que tengo que tirar, y pretendía pedirle el favor.

Puse muy mala cara, pero ¿de qué iba esta tía? ¿Estaba pirada? ¿Quién se cree jugando así con la gente, y además aprovechándose de los demás? Mientras pensaba esto, había entrado y estaba dispuesto a ayudarla. Pasé el portón, la casa estaba hecha un desastre. La mitad estaba en cajas y mal metidas. El resto estaba de cualquier forma, parecía que una tormenta hubiera pasado por allí. Me llevó a una habitación, era un salón, con una gran ventana. Esa era la ventana en la que yo la veía asomarse. Me estremecí, y pensé: "Vale, le doy una oportunidad". El hombre siempre tropieza dos veces en la misma piedra. Mi piedra tenía curvas y la mirada triste. Empezamos a acumular las cajas en la habitación de la ventana. Las cajas estaban llenas de camisas, demás ropa de hombre, libros, discos etc... Llamaron al telefonillo, ella enfadada empezó a gritar. Obviamente le gritaba a un tío, al culpable de su tristeza. Ni intenté escuchar, todas las cosas que salen de la boca de las mujeres en esas situaciones son lo mismo, blablablablabla. Cuando me pasa eso, me siento, las miro con indiferencia y me relajo dejando la mente en blanco. Al acabar la típica pataleta femenina, vuelvo a prestarle atención. Dependiendo de lo buena que esté y sea en la cama pueden pasar dos cosas: si es que merece la pena, sonrío, la beso y abrazo con ternura, de mi boca sale un lo siento más falso que Judas; si no merece la pena simplemente le doy la mano y me despido. Si en ese momento yo hubiera sido él, habría subido con un ramo de flores, me habría disculpado con cara seria, la besaría y la abrazaría. Es sencillo de arreglar. Algunos no se dan cuenta, vale, los hombres somos básicos y planos; pero las mujeres no son tan complicadas, también tienen una serie de normas implícitas que siempre se cumplen en ellas. Yo las aprendí, porque crecí rodeado de mujeres que me mimaban y querían. Las observaba desde pequeño, y quizás por eso dejaron de ser un misterio para llegar a ser algo tan sencillo de manejar. Gracias a mis raíces, ahorro tiempo con las mujeres. Se agradece, no sé si siempre estaré así con ellas. Quien sabe si algún día encuentro una que sea un auténtico reto. Sólo podría estar con una mujer para siempre, si para mí ella siempre lograra ser un misterio interesante de resolver. Yo no la busco, ni estoy pendiente de que aparezca o no. A veces dedico tiempo a pensar en eso, pero no es algo que me quite el sueño. Ahora que pienso, nada me quita el sueño, en todo caso lo hace más movidito.

Acabó la conversación, me di cuenta por un evidente golpe que sufrió el pobre auricular. Estaba furiosa, yo no la miraba. Fingía estar perdido en la visión que esa ventana me concedía. Estaba algo roja, primero de ira y luego de vergüenza. Me dijo:

Discúlpeme, usted no debía soportar ese numerito.

No pasa nada, de verdad. ¿Cuándo no nos ha sucedido algo así a cualquiera? El mundo de los sentimientos es lo más importante, pero también lo que más daño nos hace.- buena respuesta, se nota que soy artista (hago comics) – Cuando una relación acaba nuestras actitudes son tan lamentables, que si luego con el tiempo observáramos nuestros actos, nos avergonzaríamos sin remedio. Y es que no hay nada tan imperfecto como los humanos.

Se me quedó mirando como si de pronto despertara y me viera. Sonrió. Me sonrió. Ahora yo tenía la situación en mi mano. Así que decidí no darle importancia a su sonrisa y le pregunté:

Bueno, ¿estas son las cajas?

Despertó de ese instante que le otorgué, regresé a la realidad de las cajas. Era evidente que en su mente me estaba comparando con el otro. Y yo iba ganando. Se acercó y me las señaló. Afirmé con un movimiento

ligero con la cabeza. Y pregunté sin muestra alguna de curiosidad:

¿Dónde van?

Ella me miró, se sonrojó un poco, en sus ojos se pudo ver durante un segundo la sombra de la duda. Pero sólo fue un segundo, con mirada decidida, me miró. Se asomó a la ventana. Me hizo una seña para que también me asomara. Lo hice. Y vi a un chico más joven que yo, que miraba hacia la ventana. Estaba ansioso de esperar. En ese momento supe, que ese era el chico de la conversación estridente. Me sonreí a mí mismo, sabía que iba a pasar. Me hice el loco, como si no me diera cuenta. Ella me hizo una señal para que la tiráramos por la ventana, luego me sonrió. Yo le sonreí. Tiramos todas las cajas por la ventana. Los dvd´s y cd´s salían volando y se chocaban ruidosamente contra el duro suelo de hormigón. El pobre chico se quedó perplejo ante la lluvia de sus pertenencias. Iba de aquí para allá, intentando salvar los restos que quedaban de las cosas tras la caída. Pudo recoger muy pocas cosas enteras o sin dañar. Se llenaba las manos y los brazos con esos objetos muertos. Corría, desaparecía de mi vista y regresaba con las manos listas para recoger las cosas. Fue una suerte que esa calle no fuera muy concurrida, por lo menos para el pobre chico. Bueno, así por lo menos pude apreciar como ella se reía en vez de llorar. Había llegado en el momento perfecto. No podía ser más oportuno, sus heridas se estaban curando y yo era su cura. Era un poco imprevisible, eso me gustaba. No era mi mujer perfecta, pero esta duraría más que las demás. Algo me lo decía. Luego me di cuenta que todo aquello no era algo sincero, era tan sólo una aventura que me monté mezclando realidad y mi propia concepción de las cosas. Lo malo de no ser entendido y vivir en mi mundo (donde estoy muy a gusto), es que a veces te puede pasar eso. No me arrepiento de nada de lo que he vivido, ya que de cada cosa sales con algo aprendido. A veces bueno, otras veces malo. Lo malo te curte, te hace fuerte, inteligente y menos accesible a la gente que te hace perder el tiempo. Nos quedamos asomados a la ventana, mirando el dilema (¿Qué salvo antes?) del pobre chico. Ella al principio evitaba reírse, pero la situación era por momentos más cómica. Y evidentemente no iba a dejar que se riera sola para que se sintiera incómoda. Ahora era el momento de engatusar, por lo tanto debía hacer todo lo posible para que le costara separarse de mí. Debía hacerme necesario y en situaciones así es muy fácil. Cuando tan sólo le quedaban unas pocas cosas por recoger, el chico miró para la ventana y soltó un “Que te follen puta” bastante convincente.

Entonces, empezó a llorar. Una vez allí con ella no me conmovía tanto. Era raro, ya no era lo mismo. La miré, me resultaba tan patética, intentó abrazarse a mí. Pero me resultaba detestable, era una histérica más. Otra vez, una chica me había defraudado. En un segundo, cuando empezó a llorar, lo estropeó todo. Quité sus brazos de encima de mí. Y me fui. No volví a mirar esa ventana, ya no había nada interesante. No volví a pasar por aquella desolada calle en la que ya nada me aguardaba. Ella no era más que una mujer común, lo vi en sus ojos. Si fuera alguien excepcional, no hubiera empezado a llorar tal como yo hubiera pensado de cualquier otra. Perdí un tiempo precioso. Bueno, una experiencia más. Mujeres. No hay más que decir.

FIN

Quizás ese hubiera sido el final idóneo. Nunca lo sabré. Él sí que soltó un "Que te follen puta". Ella no lloró, ni le respondió. Tan sólo me dijo:

¡Qué penoso!

Ella no me intentó abrazar. Ni yo la rechacé. Tampoco me fui. Me quedé y tras su comentario empezamos a reírnos incesantemente. Jajajajajaja. Eso era lo único que se podía escuchar. Por lo menos durante unos minutos. Lo raro es, que aunque nada me hizo gracia, yo me reía. Ella me hacía sentir mejor de lo normal. Era como estar en casa. Esa sensación tampoco duró mucho. Podría resumirlo todo en dos palabras, y acabar ya. Pero no lo voy a hacer. Si a alguno le interesa la historia que siga leyendo, a quien no, le diré el final si quiere. Al final, nada sucedió como yo quisiera que sucediera. Ese era el final. Quien no este satisfecho pues que

se aguante. No voy a decir más por ahora. Seguiré contando los hechos por donde me quedé. ¡Ah, ya!, cuando echamos las risas. Ese momento, fue encantador. Luego, me ofreció tomar algo. Accedí, eso me abría una puerta para poder estar más tiempo. Desapareció durante un santiamén, cuando se movía su cuerpo adquiría potencia, imán, un no se qué que me abducía. Sus pasos ondulantes me hipnotizaban. Tenía un poder sobre mí que yo mismo le adjudiqué en cuanto la vi. Ella no era más que una mujer, yo creé una deidad de ella (por lo menos en mi mundo). Tiempo después, desperté y salí de esa ensoñación. No es por quitarle magia al momento. Aún estaba enfrascado en esa nube espesa que me aturdía, así que por el momento no he despertado. Me invitó a sentarme en el sofá, me cogió de la mano y me llevó hasta un salón grande. Como el resto de la casa estaba hecho un desastre, libros medio caídos, estanterías medio llenas, otras incluso vacías. Todo andaba medio revuelto, una vez sentado pude observarlo todo mejor. Las cosas no son iguales vistas por unos prismáticos que en la realidad. Cada minuto que pasaba allí, tenía la sensación de recuperar un poco de mi humanidad perdida, nunca me he engañado tanto como aquella vez. Esta no es más que la historia de un autoengaño, un gran fraude. No pienso regodearme en mis faltas, siempre es preferible hacerlo en las de los demás. Soy consecuente, tengo que convivir conmigo mismo toda mi vida, siempre estaré allí. Así que prefiero llevarme bien conmigo. Aún nos quedan muchos años juntos, prefiero vivirlos en paz. Con los demás tendré que vivir, a lo mejor hasta convivir, pero nunca tanto tiempo ni con tanta intensidad.

Mientras observaba aquel salón sin perderme un detalle, la escuché a ella preparando no sé qué. Da igual lo que fuera, tampoco importaba si era o no de mi gusto. Debía hacer ver que estaba riquísimo, mintiera o no. En el amor y la guerra todo vale. Yo corregiría esa frase, y diría más bien que: “En la conquista todo vale.” Y sí, soy de los que piensa que el fin justifica los medios, Maquiavelo y yo nos hubiéramos llevado muy bien.

Ella al rato vino con dos tazas, no olía mal. Aquel café olía a verdadero café de bar de mala muerte, su sabor es difícil de explicar. No sabía mucho a café. El azúcar suavizó algo ese indescriptible sabor, que para ser sincero prefiero olvidar. Ella se sentó, empezó a pedirme disculpas por el numerito. Le dije que no pasaba nada. Entonces sucedió lo que yo pensé que era evitable, empezó a contarme su historia con ese chaval. Era lo típico; les iba de maravilla, se fueron a vivir juntos y la convivencia

se les dio fatal. Él no se enteraba de nada, se agobiaba al no tener tiempo ni espacio donde no estuviera ella reclamando atención. Pero bueno, no tengo ganas de hablar de ese rollo. La cuestión es que terminaron por no soportarse mutuamente. Yo la escuchaba sin prestarle mayor atención. Respondí a sus preguntas con las frases idóneas. Ella de vez en cuando paraba y me ofrecía café, ¿acaso nunca se iba a vaciar esa cafetera? Diligentemente me bebí todo lo que me sirvió. Cuando se terminó el café, suspiré de alivio. Pero... ella se levantó, me miró y dijo:

-Uff... ¡Qué tarde es! Ya casi ha amanecido.- Yo me había dado perfecta cuenta, era una pesadilla. Llevaba horas bebiendo el café que nunca acababa y escuchando su historia – Creo que me he aprovechado de tu amabilidad. Sabes escuchar muy bien, además este rato contigo me ha hecho pensar. – ¡Ah...!, pero ¿ha tenido tiempo de pensar entre café malo y los monólogos sobre su historia? Pensé que por lo menos no se me puso a llorar. – Bueno, he llegado a una conclusión, gracias a ti. Me has venido como anillo al dedo. Creo que me he confundido con algunos de mis hechos – La tengo en el bote, esta es mía. Por fin dejaré de tener que escuchar. Por lo menos espero que todos estos esfuerzos merezcan la pena. – Y no debía haber sido tan brusca con mi pobre novio, hay que ser más comprensivo, así como lo eres tú. – Como se suele decir en estos casos, mi cara era un poema. Y no de amor precisamente. Era un poema de sorpresa, ira y enfado, mucho enfado. – Espero que nos veamos y podamos ser amigos.

Un momento, pensé, bueno todo lo que se puede pensar cuando estás alucinando y lleno de ira (a eso hay que sumarle que tras decir novio, mi enfado aumentaba con cada palabra). En principio aguanté la compostura, no me entraba en la cabeza que una tía me prefiriera como amigo. Yo no soy de esos que son amigos, no, no, no. Yo soy de esos por los que una mujer se muere. Ésta, no. ¿Pero, que pasa aquí?, esta tía era ridícula, absurda. Era gilipollas. ¿Pero, por qué yo había perdido mi tiempo por ésa? Exacto, ésa y me da igual lo que penséis. Es ésa, nada más. Empecé a experimentar algo nuevo en mí, me sentía indignado. Ese tipo de nueva experiencia es de las que no me gusta tener. Pero, la tuve, en ese momento lo estaba sintiendo. Eso cada vez me enfurecía más, mi rabia se estaba saliendo de mis límites. Nunca me había molestado algo tanto, como en ese momento la existencia de esa chica y de lo que me estaba haciendo. En mi mente las ideas se mezclaban. Ella, mientras, me clavaba su sonrisa como una flecha mortal. Tenía una herida, mi orgullo,

mi sensibilidad, mis sentimientos, todo mi yo estaba herido. La herida no era mortal, pero dolía. Más bien escocía. Me levanté y escupí el café que aún mi boca estaba soportando. ¡Qué pena!, el café cayó en su bonita alfombra. Que se joda. Me levanté decidido con paso firme, para que ella viera lo que se perdía. Me perdía a mí, ¿en qué pensaba esa tía? ¿Cómo puede la gente llegar a ser tan estúpida, tan cortita como para perder su oportunidad conmigo? Después, me di cuenta de que no debí hacer lo que en el siguiente momento hice, no merecía que desperdiciara saliva con ella. Pero por primera vez en mi vida, hice algo estúpido. Bueno, este asunto desde el principio resultó estúpido y una pérdida de tiempo. Aunque no me arrepiento. Ya que algo me aportó, aun intento adivinar qué. Pero ya lo descubriré. Todo a su tiempo, sin prisas. Tras escupir el café, le dije estas palabras sin dejar que ella me interrumpiera:

- Tú eres gilipollas. – Mal comienzo lo admito, pero ahora va a peor. La cara de ella fue de sorpresa, de todas formas... su cara solo fue a peor. De la sorpresa, a la indignación y de allí al miedo, al terror. Juro y no me confundo, que a ella se le pasó por la cabeza alguna tontería sobre mí. Fijo que pensó que era un loco psicópata. Mejor, el asunto de las reacciones de ella lo dejo así resumido. Es mejor imaginarlo, según va fluyendo mi poco adecuado discurso. No considero que fuera largo, fue más bien decidido y conciso. – ¿Pero, tú de qué vas?, ¿quién coño te crees que eres? A mí me vas a venir con tus gilipolleces de niñata de turno. Tú la flipas o te metes algo, por qué si no, no me lo explico. Estoy aquí como un idiota, perdiendo mi tiempo contigo. Mi preciado tiempo y me vienes con esas memeces de colegiala. Mira, que eres penosa, no me explico porque he perdido tantas mañanas en ese patio mirándote. Ahora te sorprendes, ¿acaso eres tan ingenua como para creerte la historia con la que entré? Ahora entiendo, es que no te da para más. Eres cortita, ¿verdad? Eso ya tiene más lógica. Sí, te he vigilado, y te he mirado por unos prismáticos. Me he pasado días y días haciéndolo. Todo porque dabas pena. Tú, otra cosa no puedes dar. – Empecé a reírme socarronamente, mientras la miraba de arriba abajo. Pringá de mierda. Qué bien me sentí mientras decía eso. Me da igual que esté mal visto. Me importa muy poco, más bien nada. Si no, que no hubiera sido tan... no hay palabras que describan tamaña idiotez. – Sí, pobre de tu novio, porque va a tener que soportar a una tipeja como tú. Vamos, como no seas buena en la cama, poco te va a soportar. Tranquila, que ya me voy, no pienso perder un segundo más con alguien como tú. – Cogí la taza que aun contenía café, se lo tiré encima. Le llené la cara. Empezó a llorar. Permanecía inmóvil, de miedo evidentemente. Tiré la taza al suelo, se rompió en mil pedazos cerca de su pie. Ella dio un salto y un grito. Dije; – No seas exagerada, sólo se ha caído el café. Por cierto, el cianuro es más beneficioso que tu café. – La miré de arriba abajo despectivamente. Me reí

de la imagen que ella me ofrecía. – ¡Qué pena de mi tiempo! – me fui tras un portazo.

De todo esto, hace un tiempo. Mi vida no ha cambiado. Éste hecho no me ha cambiado ni a mí, ni a mi comportamiento. Sigo igual, me alegro. Si hubiera sido de otra manera, no me reconocería. Aunque, para ser totalmente sincero, a veces pienso en este capítulo de mi vida. Sucede algo curioso, a lo que no pienso darle importancia. Cuando pienso en ella, en lo que sucedió ese día, siempre tengo el mismo sueño. Estoy yo frente a un espejo. Me miro en él. No puedo moverme. La gente pasa alrededor, nadie me mira aunque estoy desnudo. No puedo separar la vista del espejo, aunque puedo ver en él y a través de él. Entonces la gente que me rodea empieza a ir rápido, cada vez más rápido. Tan rápido que no se les diferencia. No son más que una mancha. Entonces poco a poco veo como mi cuerpo deja de ser mi cuerpo para convertirse en otra cosa. Mi cara sigue el mismo camino, quiero moverme, grito. Nadie me hace caso. Todos paran de moverse. Mi cuerpo es el mío, aunque no lo reconozco. Mi cara parece haber sido arrasada. El peso del tiempo ha caído sobre mi carne. En el sueño no logro creérmelo. Así que me toco la cara como puedo. Soy consciente de que la realidad del espejo no es errónea. Grito y pido auxilio. Pero nadie me escucha, nadie se detiene, ni me mira. Entonces despierto. No caeré en lo absurdo de relacionar mi sueño con la circunstancia de que ese día pensara en ella. No tiene relación, es algo curioso nada más. Sin más complicaciones. Al fin y al cabo siempre he tenido unos sueños poco tranquilizadores y muy extraños. Aunque no logran desasosegarme. Son sólo sueños, que al despertar desaparecen fugazmente...